

MANUEL RIVERA PÉREZ FARERO JUBILADO

«La óptica del faro de Bares era grande... cabían dos personas»

Este torrero de O Barqueiro repasa su larga vida laboral, que arrancó en las Illas Sisargas y culminó en Estaca

ANA F. CUBA
O BARQUEIRO / LA VOZ

Acaba de cumplir 87 años, pero rememora con detalle fechas, situaciones y anécdotas de sus 45 años de farero. Manuel Rivera Pérez (O Barqueiro, 1926) ingresó en el cuerpo de torreros en 1946 y se estrenó en las Illas Sisargas. «Hacían el servicio cada seis días (en lancha) y a veces, si había temporal, pasaban 15 sin ir... necesitabas víveres en abundancia», cuenta. Tras este primer año, con tres compañeros, cambió de isla. «En Sálvora eché dos años, vivían siete colonos y teníamos relación con ellos [nacieron varias parejas de farero y lugareña]. Hambre no pasábamos...». A su casa, en O Barqueiro, solo regresó dos veces en dos años, para disfrutar de los 45 días de vacaciones.

El siguiente destino fue Prior. «Podías ir a Ferrol porque había coche de línea desde Covas», recuerda. Ya se había casado con su novia de O Barqueiro, Carmen Méndez, y en aquella época nació su primogénito, Jesús. «Me vine a casa a dar a luz», apunta su mujer. «Aquel faro era de petróleo, había que encenderlo, vigilarlo de noche, estar pendiente por si se apagaba por una avería y darle cuerda a la máquina de relojería», explica Manuel. Después de año y medio en Mera (Oleiros), atendiendo una luz de enfilación a

QUIÉN ES?

Nombre
Manuel Rivera Pérez

Edad
87 años (recién cumplidos)

Profesión
Farero jubilado

Aficiones
Crear réplicas en metal de viejos quinqués y restaurar otros, deteriorados

la entrada de A Coruña —«si se iba la luz había que arrancar a mano el generador»—, la familia partió hacia Estaca de Bares, donde permanecieron durante 36 años, hasta la jubilación. «Era un faro de petróleo, de primer orden, con una óptica francesa

«El de Prior era de petróleo... a la máquina de relojería había que darle cuerda»

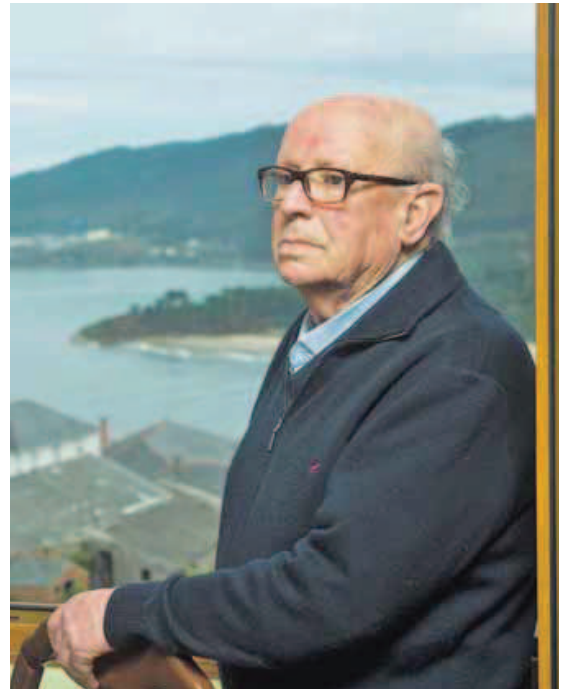
de 1850, tan grande que un señor mayor y el cura jugaban a la baraja dentro... En 1964 se electrificó», relata. Después se instaló una sirena y se sustituyó la óptica por una con linterna aeromarfítica, y en 1974 entró en funcionamiento el radiofaro. Su trabajo consistía en «revisar todos estos aparatos, con tres generadores, uno solamente para

la sirena y dos automáticos, por si fallaba la corriente».

Cuando recalaron en Estaca de Bares, «aquello era muy aburrido», comenta Manuel. «Veníamos a O Barqueiro en moto». Y más de una vez, transitando por aquella pista sin asfaltar, acabaron por el suelo. Viajaban los dos y su hijo pequeño, Fran, que hace unos días contactó a través de Facebook con los hijos de un farero andaluz que había trabajado en Bares, con quienes jugaba de pequeño. Su estancia en la punta más septentrional de la península coincidió con la construcción de la base americana, aunque apenas trabaron relación con los militares.

Sin luz y con teléfono

El teléfono llegó antes que la electricidad al faro de Estaca de Bares —«sin luz, ni nevera, ni lavadora, ni televisión... con una plancha de carbón, imagínate, los primeros años», evoca Carmen—. Se trataba del primitivo de la zona y vecinos del Porto y la Vila acudían para comunicar algún acontecimiento a través de aquel aparato de manivela. En su larga trayectoria profesional, Manuel no recuerda naufragios ni accidentes graves. Sí el estruendo que causó el cable del radiofaro, una noche de temporal, al caer sobre las viviendas. Y un viento de más de 100 kilómetros por hora que rompió el mástil del anemómetro.



Manuel disfrutó mucho del oficio, al que dedicó 45 años. **ÁNGEL MANSO**

«Es necesario el farero aunque la instalación sea automática»

Al carecer de electricidad, a los fareros de Bares el Estado les proporcionaba quinqués, que acababan rompiéndose. Hasta que Manuel ideó una alternativa, sustituir la base de cristal por una de latón. El problema se acabó y nació una afición, que se intensificó al jubilarse. La colección de quinqués —réplicas y piezas antiguas restauradas— ocupa varios estantes en el salón de su casa, en O Barqueiro.

De este pequeño pueblo pesquero salieron muchos torreros, varios de su generación y otros mayores. En su época, además de supervisar el faro de Bares

le tocó hacerse cargo, de forma temporal, del mantenimiento de las instalaciones de Ortegaleira y la Illa Coelleira. «Íbamos cada 15 días, contratábamos a alguien para subir las bombonas de acetileno, de 50 kilos», indica. Además de las bombonas de O Vicedo y O Barqueiro. Manuel considera necesaria la figura del farero, «aunque las instalaciones ahora sean automáticas... porque si caen no se colocan solos». Él disfrutó del oficio, por la tranquilidad, pero acabó algo cansado, con ganas de retirarse y entregarse a la recuperación de viejos quinqués.

Cariño se rindió a la fiesta en la romería de San Xiao do Trebo, con sol, música y buen humor

A.F.C. CARIÑO / LA VOZ

Andrés, octogenario, y su amigo Andrés, algo más joven, llevan toda la vida acudiendo a la capilla de San Xiao do Trebo. Antes subían andando, pero esta vez han optado por el coche. Tatiana e Isa, estudiantes, tampoco recuerdan un año sin romería. Esta fiesta, una de las más tradicionales de Cariño, consiste en «emborracharse y pasarlo bien». Hay quien regresa al pueblo una vez al año y elige este día para no perderse la juerga. El peregrinaje se intensificó a media mañana, con dece-

nas de personas recorriendo el antiguo sendero hasta la ermita. Muchos optaron por el automóvil y otros por el autobús, fletado por la comisión, que reparó empanada, conservas, pan y vino, gratis, entre los cientos de asistentes. Las gaitas de la banda Brisas da Croa sonaron durante toda la jornada, antes y después de la procesión. Mientras unos preparaban el churrasco, otros bailaban, bebían y se abrazaban. Solo se echó en falta a Protección Civil, porque nadie les avisó hasta el mismo día. La diversión, por todo lo alto, se alargó.



Pandillas y familias se reunieron en el monte para disfrutar de uno de los días más grandes del año. **Á.M.**